

Felipe Trigo y los cronistas madrileños

(PARA P B T)



Hace unos días, se viene disentiendo acaloradamente en algunos periódicos de esta capital la personalidad literaria del autor de *Alma en los Labios*.

Este resurgimiento crítico obedece a que el novelista español saldrá de un día a otro con rumbo a las repúblicas Argentina, Chile y Uruguay, con el fin de reponer su quebrantada salud y de dar varias conferencias literarias en esas nuevas tierras de promisión para los españoles que sueñan con horizontes dilatados.

Entre unos y otros comentaristas existe una diversidad de criterios muy respetable. Este le acusa de escritor mediocre, de galicista y de falso de criterio; aquél le compara a sus imitadores López de Haro, Belda e Insúa; un tercero le tacha de sensualista y de desconocedor de la estética, y un cuarto le defiende a capa y espada, con la *sana* intención de cultivar en el terreno de la controversia.

Felipe Trigo, como todo el que rompe los moldes de una vieja costumbre ó punto de vista admitido por los que colaboraron en una causa determinada, ha sido, desde que puso en circulación su primera novela, el blanco de todos los espíritus egoístas que, erigiéndose en paladines de una moral que no sienten, le acusan sin piedad, con el mayor de los impetus.

Es innegable que en sus obras se advierte cierto naturalismo que recuerda a la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, obra, a pesar de esto, considerada como una de las más notables de la literatura castellana; pero tampoco lo es menos, como puede observarse si se le lee desinteresadamente, que en todas ellas plantea un gran problema educativo, y, en esencia, moralista; si bien, desarrollado siempre en el campo de la metafísica, que no es ciertamente materia propia para que todos los cerebros la comprendan.

En cuanto al naturalismo de sus creaciones, ya lo definió el principio de la dramaturgia española, Jacinto Benavente,

quien en una de sus *Sobremesas* de *El Imparcial*, dijo éstas ó parecidas palabras: "Copia la verdad de la vida y sus tipos son humanos; fuertemente humanos".

Yo creo que á Felipe Trigo, le importan todas estas diatribas de última hora una cosa equivalente al valor de un papel de fumar.

En América, pueblo moderno sin opiniones torquemadas, habrán de concebir todo el respeto que merece su personalidad literaria. Pues aunque no se puede negar que el autor de *Mi Médico Naranja* omite la sintaxis, por lo que sus trabajos no tienen toda la grandeza que requiere la obra literaria, tenemos necesariamente que admitir que su privilegiado cerebro sonríe maravillosamente las escabrosidades de las almas y las manifesta con toda la majestad del artista.

Además, las ideas sociológicas apuntadas en todos sus libros, tienen la orientación honrada y metafísica de dignificar á la mujer, que no debe ser esclava, sino compañera y amiga del hombre; y esto concuerda con el espíritu y la letra de la epístola de San Pablo, personalidad natal sospechosa para los partidarios de la moral humana á base de los preceptos de la iglesia.

En resumen: la enciensa campaña de que es objeto Trigo, en mi sentir, obedece á que todas sus novelas se editan varias veces, mientras que la buena y bella literatura de los demás, exceptuando los Galdós, Benavente, Palacio Valdés, Valle Inclán, Blasco Ibáñez y otros pocos más, sólo alcanzan una venta de 200 ejemplares á lo sumo.

[Y esto es intolerable para ellos! Para mí tengo que la envidia es la peor mensajera del hombre; y conste que no pertenece á la escuela literaria de Trigo. Mis trabajos lo han demostrado muchas veces. ¡Es que soy justo!

JUAN PALLARÉS.

Madrid, mayo de 1911.